todavía otros diecisiete japoneses cristianos, entre ellos tres niños, fueron presos y condenados a morir en una cruz. El 5 de febrero de 1597 ejecutóse la sentencia en Nagasaki (1).

En la persecución que ahora se desencadenó, los jesuítas procedieron con mucha cautela; habiendo sido desterrados, se alejaron sólo en apariencia. Despuntaron mejores días, cuando murió Taikosama en septiembre de 1598, y su sucesor, Daifusama, a quien se le disputó la soberanía, se mostró favorable a la misión cristiana. Como los jesuítas, así también los franciscanos pudieron reanudar su obra. El número de los cristianos se aumentó notablemente, aunque la persecución perduraba en algunas provincias. En 1599 recibieron el bautismo 40 000, y en el año siguiente 50 000. A los principios del siglo XVII se contaban 750 000 cristianos (2). En 1605 pudo celebrarse en Nagasaki públicamente la procesión del Corpus (3). Los jesuítas, a cuyo colegio prestó auxilio Clemente VIII según sus fuerzas (4), desplegaron una viva actividad literaria; hicieron imprimir escritos religiosos, un diccionario japonés-portugués y una gramática japonesa con explicación portuguesa (5). Pero desgraciadamente descuidaron el formar clérigos seculares indígenas. También el mantener los métodos europeos en la enseñanza debía demostrarse fatal (6). El número de los misioneros jesuítas tampoco bastaba para las necesidades. Por eso Clemente VIII, anulando el privilegio concedido por Gregorio XIII a la Compañía de Jesús, permitió el 12 de diciembre de 1600 a todas las Órdenes mendicantes el ejercicio

(1) V. la circunstanciada relación enviada por el P. Froes al general Aquaviva, impresa en las Acta Sanct. Febr., I, 742 s. Las actas de la beatificación (1616-27) están utilizadas en Bouix, Hist. des vingt-six martyrs du Japon, París, 1862. La canonización, efectuada el día de Pentecostés de 1862, dió todavía ocasión a otros escritos numerosos sobre los mártires japoneses, de los cuales menciono aquí los trabajos de Pagés (París, 1862) y Boero (Roma, 1862). Un cuadro contemporáneo de los mártires se halla en la iglesia de San Miguel de Munich.

(2) V. Delplace, II, 129 ss.; Pagés, Hist. de la religion chrét. au Japon depuis 1598 jusqu'à 1681, I, París, 1869, 110.

(3) Cf. Iuvencius, V, 606 s.; Spillmann en el Léxico eclesiástico de Friburgo, VI², 1246 s.; Pagés, loco cit., I.

(4) Cf. la *instrucción a D. Ginnasio de 31 de agosto de 1601: Assegnamento fatto da Gregorio XIII di 4000 scudi annui sopra cotesta collectoria di Spagna da pagarli alli seminarii et chiese del Giappone et da Sisto V accresciuti a 6000 et per le guerre d'Ungheria tralasciati di pagare S. S. ordina si seguiti di pagare e anchi li decorsi. Barb., 5852, *Bibl. Vaticana*.

(5) Cf. E. Satow, The Jesuit Mission Press in Japan 1591-1610, Londres, 1888, y Strassmaier en las Voces de María-Laach, XXXVII, 219 s.

(6) V. Huonder, El clero indígena en los países de gentiles, 101 s.

de la obra de misiones tanto en el Japón como en la China (1).

La apertura del Imperio chino para las misiones cristianas está en la más estrecha conexión con la actividad del genial jesuíta Mateo Ricci, el cual en el otoño de 1583 había arribado con su fiel compañero Miguel Ruggieri a Tschao-king en la provincia de Kwang-tung, y llegó allí a ser tenido en alta estima, pero a pesar de todos sus esfuerzos no consiguió al principio sino un pequeño número de conversiones (2). A impulso del perspicaz Valiñani en 1593 comenzó Ricci a aprender la lengua china. El principio no fué fácil para este hombre que estaba ya en los cuarenta años; pero, como dice en una carta conmovedora, de buena gana siendo hombre maduro se hizo otra vez estudiante por amor de Aquel que por amor nuestro se hizo hombre (3). En tiempo increíblemente breve adquirió Ricci con férrea asiduidad tal maestría en el chino, que ya en 1595 pudo publicar en este riquísimo idioma sumamente difícil su libro «La verdadera doctrina de Dios», el cual más tarde fué admitido en la colección de los clásicos, dispuesta por Khian-lung (4). Fuera de esto, también en el tiempo siguiente Ricci fué incansablemente activo en el campo de la literatura. Sus trabajos no se extendían en modo alguno solamente al terreno de la religión; los más diversos ramos de la ciencia fueron por él enriquecidos con escritos: matemáticas, aritmética, geometría, astronomía (5), geografía, música y filosofía (6). Aunque fué una exageración lo que afirmó un virrey chino, que Ricci conocía todos los libros chinos, es con todo indudable que ha sido el primer sinólogo profundo. Los chinos le llamaban el grande hombre de Eu-

(1) V. Bull., X, 631 s. Cf. Jann, 182 s., que muestra bien cómo el Papa en esto hubo de tener en cuenta también las pretensiones de la política portuguesa.

(2) Cf. nuestros datos del volumen XX, 363. A las obras allí indicadas hay que añadir todavía el artículo de J. Aleni en la Rev. de l'hist. des missions, I, 52 ss.

(3) Carta a Aquaviva de 10 de diciembre de 1593, en Tacchi Venturi, II, 118.

(4) V. Dahlmann, Lingüística, 27; Baumgartner, Literatura general, II, 118.

(5) Ricci publicó entre otras cosas una elaboración china del calendario gregoriano.

(6) Cf. Sommervogel, VI, 1792 s. y Cordier, Bibl. Sinica, III² (1905), 1090 s., cuyos datos fueron aún considerablemente completados por la edición que hizo Tacchi Venturi de los Commentarii de Ricci (Macerata, 1911). Sobre la importancia de Ricci para los estudios geográficos v. G. Caraci en el Bollet. d. Soc. Geogr. ital., V (1918), 845 ss., Riv. geogr. ital., XXVIII y XXIX (1921-22) y H. Bosmans en la Rev. des quest. scientif. 1921; sobre su mapa de la China v. Études, CXXXI, 217 ss., 220 ss.

ropa (1). Mas él permanecía modesto como un niño. Testigo de ello son sus comentarios, en los cuales ha descrito de manera tan atractiva la incipiente cristianización de la China. Forman un complemento sus cartas, en las cuales insiste siempre de nuevo en que la manera más fácil como podían convertirse sus queridos chinos, era por medio de los libros (2).

Pero Ricci de ningún modo era solamente un sabio teórico, sino también un hombre eminentemente práctico. No se le escapó a su perspicacia, que la obra de las misiones siempre quedaría expuesta al arbitrio de los funcionarios, mientras no fuese ganada la corte imperial de Pekín. La primera tentativa de penetrar en ella, emprendida en 1595, se frustró, como asimismo la segunda, hecha en 1598. Con todo eso ya ahora resultaron de ellas importantes consecuencias. En Nantschang y Nankín logró Ricci entablar relaciones de mucha importancia con letrados y magnates chinos, los cuales facilitaron en las dos ciudades la fundación de estaciones de misión. Si ahora se alcanzaron mayores éxitos que antes, esto dependió principalmente del hecho de que Ricci, siguiendo el prudente consejo de su hermano de religión Lázaro Cataneo, puso fin al verse continuamente confundido con los despreciados bonzos, poniéndose el traje de los chinos doctos. Al vestido de seda que los misioneros llevaban ahora en vez de su pobre vestidura anterior, había de corresponder también un porte más noble. El perspicaz Valiñani dió a todo su asentimiento, y obtuvo el permiso del general de los jesuítas y del Papa (3).

Denota bien el nuevo modo de proceder el haber evitado Ricci en su residencia de Nantschang todas las señales de un edificio para uso del culto divino. «Casa en que se predica», fué la sencilla inscripción por él elegida. De intento se hizo resaltar el carácter de una persona científica y conforme a esto se compuso de nuevo también el anterior catecismo. Trabajaba Ricci incansablemente para comunicar a los doctos y magnates chinos conocimientos nunca imaginados de las matemáticas y astronomía, pero era en extremo cauto en el tratar materias religiosas. Sin descubrir todavía los misterios del cristianismo, procuraba primero persuadir a sus oyentes las verdades

(1) V. Cordier, Bibliographie des ouvrages publ. en Chine par les Européens au XVIIe et XVIIIe siècles, París, 1883, 33.

(2) V. Tacchi Venturi en la Civ. Catt., 1910, III, 47.

(3) V. Tacchi Venturi, Commentarii, l. 3, cap. 9, c. 53. Cf. Civ. Catt., 1910, II, 558 s.

fundamentales, la creación del cielo y de la tierra por Dios, la inmortalidad del alma, el castigo de los malos y recompensa de los buenos. La doctrina de los budistas la combatía con dureza, mas la filosofía y ética más razonables de Confucio las trataba con el merecido respeto.

En medio de esta actividad, que producía frutos maravillosos, Ricci no perdía de vista su fin, de llegar a Pekín para verse con el emperador. En mayo de 1599, acompañado del jesuíta español Diego Pantoja y de dos hermanos coadjutores de nacionalidad china, emprendió por tercera vez el viaje a la capital tan lejana. A pesar de múltiples peligros y obstáculos de todo género, que hubieran descorazonado a cualquier otro, en la primavera de 1601, gracias a su energía férrea consiguió finalmente su fin. Ricci llamó la atención del emperador Wang-Lié, que quedó encantado de los dones que le presentó: relojes de repetición, un mapamundi, grabados en cobre y dos cuadros, que representaban al Salvador y a su Santísima Madre. Por mucho que la ciencia del extranjero, superior a la de los mandarines, excitase la sincera admiración del emperador, con todo manifestáronse también resistencias: el tribunal instituído para la vigilancia de los extranjeros exigió su repatriación. El emperador no la consintió, pero por entonces no dió respuesta alguna a la petición que le hizo Ricci por escrito, de que le permitiese quedarse en el país. Sólo después de algún tiempo hizo decir al docto jesuíta, que ya se le había hecho indispensable, que su majestad vería de mala gana que dejase la capital, donde se cuidaría también de su sustentamiento. Así vió Ricci recompensada de un modo maravilloso su perseverancia y su inconmovible confianza en Dios.

El gran plan de la conversión de la China, que, como ya había reconocido San Francisco Javier, era de importancia decisiva para el porvenir religioso del Asia oriental, dado el poderoso influjo de este antiquísimo Estado civilizado sobre el Japón y los demás países vecinos, podía finalmente ponerse en ejecución con esperanza de un buen éxito duradero. Nadie parecía tan apto para esto como Ricci, pues los rasgos fundamentales de su carácter eran, como dice su biógrafo, un celo animoso e incansable, pero al mismo tiempo sabio y paciente, cautela y lentitud, para poder obrar con tanto mayor energía, y timidez, para poder atreverse a tanto mayores cosas (1).

(1) También G. Natali (Di M. Ricci, Macerata, 1905) tributa a Ricci un grande elogio, aunque de ninguna manera es afecto a los jesuítas. Otros juicios hemos citado en el volumen XX, 361, nota 1.

Valiñani hizo todo lo posible para apoyar a Ricci. En 1604 le envió tres nuevos colaboradores, y en 1605 otros tantos. Le hizo asimismo del todo independiente del rector del colegio de Macao. Los buenos éxitos fueron aumentándose poco a poco en gran manera. Respetabilísimos doctos y funcionarios se convirtieron al cristianismo con plena convicción. En Nankín el P. Rocca ganó al gran estadista y docto chino Pablo Siu, el cual fué el principal apoyo de la joven Iglesia. En 1605 se presentaron los dos primeros chinos para entrar en la Compañía de Jesús. La capilla de ésta en Pekín se demostró ya demasiado pequeña; pronto se levantó una iglesia pública en la capital del Imperio chino, en la cual se celebraban los santos misterios exactamente lo mismo que en Roma o en los demás lugares de la cristiandad. A esta adoración del «Señor del cielo» acudían en número siempre creciente recién convertidos, catecúmenos y también paganos, cuyos corazones habían sido tocados de la gracia divina (1).

En las Filipinas, gracias a la incansable actividad de los franciscanos, dominicos y jesuítas, que se acomodaba con indulgencia y prudencia a la población indígena, la obra de las misiones recibió un impulso satisfactorio (2). Clemente VIII apoyó principalmente a los jesuítas y dominicos (3). El 14 de agosto de 1595 el obispado de Manila, fundado por Gregorio XIII (4), que comprendía hasta entonces toda la misión, fué dividido en cuatro obispados y juntamente elevado a arzobispado. Quedóle la parte central de la isla de Luzón, mientras la parte septentrional fué asignada al nuevo obispado de Nueva Segovia, la meridional al obispado de Nueva Cáceres, y las demás islas del archipiélago al obispado de Cebú. Este nuevo ordenamiento fué sumamente beneficioso. Consolidó el cristianismo en las comarcas ya convertidas y dió una unidad vigorosa a la acción de los misioneros en las regiones todavía paganas. Siendo obispo de Nueva Segovia el dominico Miguel Benavides, nombrado para este

(1) V. Tacchi Venturi, en la Civ. Catt., 1910, II, 39 s., el cual compendia aquí en un hermoso artículo los resultados de sus profundos estudios manifestados en la nueva edición de los Commentarii. Cf. también Brucker, en los Études, CXXIV, 751 s.

(2) V. Cath. Encyclop., XII, 17 y Schmidlin, 261 ss., donde se pueden ver las copiosas obras especiales.

(3) V. Bull., IX, 526 s., 529 s. Cf. el *breve a Felipe II de 11 de marzo de 1592, Arm. 44, t. 36, n. 277, *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. nuestros datos del volumen XX, 370.

cargo en 1595, se desenvolvió la misión tan favorablemente, que de las tres provincias paganas de su diócesis en el decurso de pocos años dos fueron cristianizadas casi enteramente y la tercera en parte. Cuando murió Domingo de Salazar en 1602, sucedióle Benavides en la sede arzobispal de Manila. También en esta nueva posición influyente favoreció el excelente prelado los trabajos de los misioneros con un celo incansable. A su muerte, acaecida el 26 de junio de 1607, fué llorado como un padre y venerado como un santo por los españoles y los numerosos recién convertidos (1).

En tiempo de Clemente VIII revivió también la esperanza de la conversión del gran mogol de la India, Akbar (2). Este poderoso monarca había pedido nuevamente el envío de jesuítas (3). En mayo de 1595 los Padres Jerónimo Javier, pariente del apóstol del Japón, y Manuel Piñero se presentaron en Lahore, donde fueron recibidos por el gran mogol con mucha afabilidad. Akbar les dió permiso para erigir estaciones de misión en Lahore, Cambaia y Agra, las cuales florecieron dando buenas esperanzas, a pesar de diversas hostilidades de parte de los mahometanos. El día de Navidad de 1599 en Lahore numerosos catecúmenos se dirigieron en procesión, con palmas en las manos, por las calles adornadas de flores, a la iglesia de los jesuítas para recibir el bautismo. Aun personas de alta posición se convirtieron. El permiso dado sólo de palabra para predicar libremente el Evangelio confirmólo Akbar por escrito el año 1600. El gran mogol subvencionó también la construcción de la iglesia de los jesuítas de Agra, erigida en 1602. Hizo reproducir pictóricamente la imagen de Nuestra Señora de Santa María del Pópolo, cuya copia se hallaba en dicha iglesia, y colocarla en su palacio. Leyó con grandísimo interés la vida de nuestro Señor Jesucristo, traducida al persa por el Padre Javier, pero no se resolvió a convertirse; como

(1) V. *Acta consist., Cód. Barb., XXXVI, 5, III, *Bibl. Vaticana;* Gams, 113-115 con las obras especiales allí citadas; Neher en el Léxico eclesiástico de Friburgo, VI², 692; Americ. Cath. Hist. Soc., XI (1900), 455.

(2) Además de la narración de Du Jarric (v. vol. XX, 366, nota 2), cf. G. B. Peruschi, Informatione del regno et stato del Gran Re di Mogor, della sua persona etc. et congietture della sua conversione alla nostra s. fede, Roma, 1597 (en latín Moguntiae, 1598).

(3) Esto se hizo por primera vez en 1589, pero los enviados entonces, desesperanzados de todo buen éxito, se volvieron. En Roma no se aprobó esto; v. Iuvencius, 451; Müllbauer, 145 s. En 17 de diciembre de 1592 Clemente VIII dirigió una carta a Akbar para recomendar a los jesuítas; v. Bull., IX, 646 s.

verdadero escéptico se mantuvo antes bien en la expectativa hasta su muerte (1605) (1).

Muy fructuosos fueron los esfuerzos para unir a los cristianos de Santo Tomé, que hizo el arzobispo de Goa, Alejo de Menezes, ayudado por los jesuítas. Este príncipe de la Iglesia, a quien se ha parangonado con San Carlos Borromeo, adquirió méritos imperecederos en pro de la Iglesia de la India (2). Visitó por primera vez personalmente todo el territorio sujeto a su jurisdicción, por lo cual Clemente VIII tributóle merecidas alabanzas (3). En el año 1599 celebró Alejo en Diamper en el reino de Cochín un sínodo, en el cual se llevó a efecto la unión de los cristianos de Santo Tomé. Clemente VIII al confirmar los decretos de este sínodo envió por el jesuíta Alberto Laerzio una máquina tipográfica siríaca, con la cual se imprimieron el ritual romano, misales y breviarios (4). El Papa nombró obispo de Angamala, que fué hecha obispado sufragáneo de Goa, al jesuíta Francisco Roz, el cual, como poseía el idioma siríaco y el malabar, había trabajado desde hacía años por la unión de los cristianos de Santo Tomé. Roz visitó al punto su diócesis y celebró un sínodo diocesano, en el cual se condenaron de nuevo los errores de Nestorio. A pesar de esto no había quedado alejado el peligro de una reincidencia en el cisma, por lo cual Paulo V trasladó el obispado a Granganor y lo elevó a arzobispado. Quedó allí como metropolitano el P. Roz, que tenía siempre a su lado algunos jesuítas (5).

El celo de las almas en que ardía Clemente VIII, mostróse también en sus esfuerzos por utilizar en interés de la misión cristiana la aproximación del shah de Persia, Abbas I el Grande, a las potencias europeas con motivo de la guerra contra los turcos. En el otoño de 1600 el jesuíta portugués Francisco de la Costa comunicó al Papa, que el shah estaba muy bien dispuesto en favor de los cristianos, que

(1) Cf. Iuvencius, 451 s.; Litt. ann. 1597, 567 s.; Müllbauer, 146 s.; Gruber, Aquaviva, 181 s.; Väth en la revista alemana Misiones católicas, XLIX, 201 s.

(2) Juicio de Döllinger (Manual de Historia eclesiástica, II, 2, 369).

(3) V. el *breve laudatorio al arzobispo de Goa de 1.º de abril de 1599, Arm. 44, t. 43, n. 206, *Archivo secreto pontificio.*

(4) V. Raulinus, Hist. ecclesiae malabaricae, Roma, 1745; Müllbauer, 166; Revista de teol. cat., XX, 728 s.; Jann, 167 s. El *breve al clerus y populus christianus S. Thomae prov. Serrae de 19 de mayo de 1601, da la enhorabuena por el sínodo y tributa merecidos elogios especialmente a los jesuítas. Arm. 44, t. 45, n. 147, *Archivo secreto pontificio.*

(5) V. Müllbauer, 167 s.; Jann, 169 s.

deseaba la presencia de sacerdotes católicos y mandaría enviados a Roma. Después de madura deliberación se resolvió Clemente VIII a aprovechar esta favorable ocasión y enviar él mismo una embajada a Persia. Por eso se puso en comunicación con el rey de España, Felipe III (1). Después que éste hubo asentido, en febrero de 1601 se enviaron dos portugueses, el mencionado Francisco de la Costa y Diego de Miranda, que ya antes habían estado en Persia, con cartas pontificias al shah (2). Sus instrucciones tocan naturalmente la guerra común contra el turco, pero ponen en primera línea la cuestión religiosa. Costa debía exponer vivamente al shah la verdad de la doctrina católica e inducirle a entrar en la Iglesia, para lo cual se creía poder contar con la ayuda de la reina. Si el shah no quería aceptar la fe cristiana, debían los enviados procurar alcanzar de él por lo menos el permiso para la libre predicación y ejercicio de la religión cristiana, la cual hasta el mismo sultán de los turcos toleraba en su reino (3).

Mientras Costa y Miranda estaban en camino, llegaron a Roma el 5 de abril de 1601 dos enviados del shah (4). Trajeron buenas noticias tanto respecto de la participación del mismo en la guerra contra los turcos, como en lo tocante a permitir la misión cristiana en Persia. Clemente VIII dió las gracias al shah el 2 de mayo de 1601, indicó su actividad y la del emperador contra los turcos y anunció el envío de misioneros cristianos a Persia (5).

Cuando en 1602 Felipe III mandó a Persia tres frailes agustinos para promover la guerra contra los turcos (6), Clemente VIII dirigió grande atención a la misión de dicho país (7). Los agustinos enviados por el rey de España, además de promover enérgicamente la guerra

(1) *Breve de 4 de septiembre de 1600 *(Archivo secreto pontificio)*, en el n.º 21 del apéndice. Una carta de Persia al general de los agustinos de 24 de mayo de 1599 (en Lämmer, Para la historia eclesiástica, 94) da cuenta asimismo de los sentimientos favorables del shah.

(2) V. la *carta al shah de 24 de febrero de 1601 *(Archivo secreto pontificio)* en el n.º 24 del apéndice.

(3) Laemmer, Melet., 452 s.

(4) V. Orbaan, Documenti, 8.

(5) Cf. vol. XXIII, p. 268 (*breve al shah de 2 de mayo de 1601, *Archivo secreto pontificio*, en el n.º 25 del apéndice).

(6) V. Philippson, Enrique IV, tomo I, 279 s. y Meyer, Relaciones de nunciatura, 186.

(7) V. las *Lettere orig. del C. Aldobrandini all'arcivesc. di Siponto nunzio in Spagna, fechadas el 28 de agosto, 7 y 14 de noviembre de 1603, *Archivo Aldobrandini de Roma*, t. 287.

contra los turcos en Persia, procuraron también trabajar por la propagación del cristianismo. Para apoyarlos Clemente VIII en el verano de 1604 mandó seis miembros de la congregación italiana de los carmelitas reformados, recientemente erigida pocos años antes. Entre ellos hallábanse tres de los hombres más notables de esta asociación: Pablo de Jesús María, Juan de San Eliseo y Vicente de San Francisco (1). Las cartas pontificias dadas a ellos para el shah designaban como fin inmediato de su envío la gratulación por las victorias sobre los turcos; la petición de que se permitiese predicar el Evangelio quedó reservada para una negociación oral (2). En vez del largo y peligroso viaje por mar eligieron los carmelitas el camino por tierra al través de Rusia. Clemente VIII siguió su viaje con el mayor interés (3); sus grandes éxitos en el reino de Persia no los pudo ya ver.

Mucho más difícil que el viaje de Persia era, dadas las condiciones de entonces, el de Abisinia (Etiopía), pues los turcos eran dueños del Mar Rojo y combatían a los portugueses donde podían. Para cuidar de los cristianos portugueses e indígenas esparcidos en Abisinia, los cuales estaban confiados únicamente a Francisco López, el último compañero del patriarca Oviedo muerto en 1577, fueron enviados en febrero de 1589 dos jesuítas españoles, el poliglota Antonio de Montserrat y Pedro Páez, ardiente, de juvenil entusiasmo. Disfrazáronse de comerciantes armenios, pero a pesar de esto se vieron descubiertos, y fueron arrastrados primeramente a Terim, y después a Sana en Arabia, donde estuvieron detenidos cinco

(1) V. Dict. de théol., II, 1783. Cf. el *Avviso de 24 de julio de 1604, Urb., 1072, *Bibl. Vaticana*, y la *relación de Juan Baut. Thesis, de 26 de agosto de 1604, *Archivo Gonzaga de Mantua*. V. también Ioh. a Iesu Maria, Hist. Missionum (Opera omnia, IV, Colonia, 1650), I, 378 s.; Petrus a S. Andrea, Hist. generalis fratr. Carmelit. discalc. congreg. S. Eliae, I, Roma, 1668; Berthold-Ignace de St. Anne, Hist. de l'établissement de la Mission de Perse par les Pères Carmes-déchaussés (1604-1612), Bruselas, 1885.

(2) V. los breves de 30 de junio de 1604 en Meyer, Relaciones de nunciatura, 177 s. (cf. 201). V. también Chardin, Voyages (1829), XV, 36.

(3) V. Meyer, 201, 211, 217 s., 220, 259. Por *breve de 8 de enero de 1605 Clemente VIII dió las gracias al canciller de Lituania por el apoyo prestado a los carmelitas que por allí pasaban (Arm. 44, t. 56, p. 390, *Archivo secreto pontificio)*. Cf. el *breve al virrey de Nápoles de 22 de enero de 1605 (ibid., p. 405[b]). Ibid., p. 430[b] hay un *breve a los ermitaños agustinos de Persia de 4 de febrero de 1605, en el cual Clemente VIII expresa su alegría por los felices sucesos de sus trabajos; dice que piensa en ellos en el santo sacrificio; latissimum habetis campum; que quiere enviarles compañeros en los carmelitas, y que deben trabajar en buena armonía.

años y medio, dos de ellos en la cárcel, porque se sospechaba que eran espías. A fines de 1595 llevados a Moka, hubieron de servir en las galeras, hasta que finalmente un indio como representante del rector de los jesuítas de Goa los rescató. Así siete años después de su salida, en diciembre de 1595 volvieron a su punto de partida, Goa. Ambos padres enfermaron; el más anciano, Montserrat, murió a consecuencia de los padecimientos sufridos, pero Páez sanó. Su admirable espíritu de sacrificio no estaba quebrantado; pacientemente esperó una nueva ocasión para poder llevar a sus caros etíopes la asistencia religiosa (1).

Durante la prisión de los dos Padres, en el verano de 1594 un sacerdote abisinio, Tekla María, pasado a la Iglesia católica, había llevado a la Ciudad Eterna noticias más particulares sobre Abisinia (2). Al año siguiente el maronita Abrahán de Guerguis, que había entrado en Roma en la Compañía de Jesús, fué enviado a ayudar a López; habíase disfrazado de mahometano, pero hízole traición su compañero, un comerciante indio, y como no quiso abjurar su fe, fué degollado (3). Más afortunado fué el jesuíta Melchor da Sylva, que había sido antes sacerdote bracmán, el cual en 1598 llegó a Massava, y de allí a Fremona, la residencia de los jesuítas en el norte del Tigré, junto a Adua (4). López había muerto el año antes después de cuarenta años de apostolado; Sylva ocupó ahora su puesto (5).

Después que a principios del siglo XVII se hubo fundado en Diu un colegio de jesuítas, llegó finalmente en 1603 también para Páez la hora anhelada. Desde Massava entre grandes peligros y privaciones penetró en el interior del país, en Fremona confirmó a los católicos en su fe y llegó finalmente hasta la corte del emperador Za-Denghel, cuya confianza se ganó tanto más fácilmente, cuanto que los portugueses no hacía mucho habían prestado útiles servicios a este soberano contra sus enemigos. En una audiencia privada oyó

(1) Cf. las relaciones del P. Páez en Beccari, II, x s. e ibid., X, 2-30, Hist. Aethiopiae de Almeida. V. también Beccari, XI, 1 s. Sobre Páez cf. todavía Civ. Catt., 1905, III, 562 ss.

(2) V. el *Avviso de 2 de junio de 1594 (cf. *el de 5 de junio, según el cual una comisión especial deliberaba sobre Abisinia), Urb., 1062, *Bibl. Vaticana*, así como Tomás de Jesús en el Thesaurus theol., VII, 1261 s.

(3) V. Almeida, loco cit., 35 s.

(4) Las ruinas de la iglesia que allí tuvieron los jesuítas todavía se conservan; v. las Publicaciones de la expedición alemana a Aksum, III, 64 s.

(5) V. Almeida, loco cit., 45 s. Cf. Litt. ann., 1597, 553.

Páez de boca del emperador su intención de aceptar la fe romana y concertar una alianza con el rey de España. Por eso escribió Za-Denghel en 26 de junio de 1604 cartas a Clemente VIII y Felipe III y pidió el envío de jesuítas. En las cartas compuestas en abisinio no se decía aún nada por entonces de la aceptación de la fe católica; Páez debía añadirlo en lengua portuguesa. A pesar de esto las intenciones del emperador fueron conocidas en Abisinia, adonde entre tanto habían llegado todavía otros cuatro jesuítas. Prodújose un motín, en el cual se dió muerte a Za-Denghel (1). Pero también con el nuevo emperador Jacobo ganó Páez tan grande influjo, que se podía esperar su conversión (2).

Para la misión del África occidental pareció importante la fundación de una nueva diócesis para este reino (San Salvador), efectuada en 1596 por Clemente VIII a ruegos del rey del Congo, la cual fué separada de la de Santo Tomé. La dirección de la nueva diócesis recibióla el franciscano Rangel (3). Este insigne varón, a quien consumió el celo de las almas, sucumbió prematuramente (1602) a los fatigosos trabajos emprendidos.

En Angola, confinante al sur con el Congo, abriéronse hermosas perspectivas, cuando en 1599 a los cabezas de tribu convertidos unióse también el rey. Lo mismo sucedió en Guinea, donde los jesuítas obraron muchas conversiones aun en los grandes (4).

En Méjico, además de los franciscanos y agustinos, trabajaban sobre todo los dominicos y jesuítas. Ambas Órdenes extendieron su actividad especialmente a los indios. Los dominicos contaban entre éstos hacia el fin del siglo más de sesenta casas (5). Los jesuítas en 1594 se adelantaron hacia el norte de Méjico, en 1596 fundaron una misión entre los Tepuhuancas y después otra en Topia (6). Fué muy útil para la obra de las misiones el apoyo que prestó

(1) V. la relación del P. Páez, de 24 de julio de 1603, en Beccari, XI, 47 s., e ibid., VI, 49-94 Hist. Aethiopiae de Almeida, donde en la pág. 80 s. está impresa la carta a Clemente VIII.

(2) V. Almeida, loco cit., 107 s.

(3) V. el *breve a Alvares II, rey del Congo, de 20 de mayo de 1596, *Archivo secreto pontificio*. Cf. *Acta consist. al 20 de mayo de 1596, Cód. Barb., XXXVI, 5, III, *Bibl. Vaticana;* Gams, 473; Jann, 79; Alys de Caramay-Chimay Borghese, Belges et Africains, Roma, 1916, 15 ss.

(4) V. Schmidlin, Historia de las misiones, 228.

(5) V. ibid., 341.

(6) V. Astráin, IV, 437 ss., 442 ss. Cf. M. Cuevas, Hist. de la Iglesia en México, II, Tlálpam, 1922, 371 s.

Clemente VIII a la universidad que había en la capital (1). En Puebla de los Ángeles concedió al establecimiento docente de los dominicos los derechos de universidad (2). Animosos franciscanos dieron comienzo hacia el fin del siglo a las misiones en la Baja California, Nuevo Méjico y la Florida; pero no obtuvieron resultados sino en Nuevo Méjico (3).

En el gran reino del Perú, junto con los dominicos, franciscanos y jesuítas, trabajaban también con fervoroso celo los agustinos (4). En unión con tan excelentes obispos como Santo Toribio de Lima y Francisco de Vitoria de Córdoba (Tucumán) dieron un notable impulso a la vida eclesiástica, el que apoyó según sus fuerzas Clemente VIII, así como también se declaró por la libertad de los indios del Perú (5). La provincia peruana de los jesuítas, cuyo número de miembros se elevó en tiempo de Clemente VIII de 240 a 340, fué favorecida reiteradamente por el Papa (6). A causa de su enorme extensión hubo de dividirse entonces en tres partes; las comarcas centrales situadas debajo del ecuador siguieron siendo la provincia propiamente dicha; a ésta se añadieron dos viceprovincias, una al norte y otra al sur. Cuán ingeniosos eran los jesuítas, muéstralo la circunstancia de que educaron para la obra de la misión a los numerosos ciegos y sordomudos que se hallaban en la ciudad de Cuzco. En Quito, donde había estallado un motín contra los españoles, los Padres mediaron para el restablecimiento de la paz. Además, fueron también incansables en preservar a los colonos españoles de una completa incultura (7).

En el año 1593 los jesuítas bajo la dirección del Padre Luis de

(1) V. Bull., X, 225 s. Cf. Cuevas, loco cit., 284 ss.

(2) V. Bull., X, 415 s.

(3) V. Schmidlin, loco cit., 347 s.

(4) V. ibid., 367 s.

(5) Cf. Margraf, 147. Además de las obras especiales sobre Santo Toribio, indicadas en el volumen XX, 390, v. todavía Carlos García Irigoyen, Santo Toribio, 4 tomos, Lima, 1906; Levillier, Organización de la Iglesia y órdenes religiosas en el virreinato del Perú en el siglo XVI, 2 partes, Madrid, 1919; Anuario histórico, XLVI, 42 s.

(6) Además de la Synopsis, 198, 200, 213, v. el *breve de 31 de julio de 1592, dirigido al arzobispo de Lima, Toribio (cf. Iuvencius, V, 723 s.), con ocasión de una diferencia entre él y los jesuítas, en el cual se dice: Nos certe in eo ordine diligendo nullius unquam caritati concessimus. Arm. 44, t. 37, n. 454, *Archivo secreto pontificio*.

(7) V. Litt. ann. 1594-95, 674 s.; 1596, 871 s.; 1603, 199 s.; 1604, 240 s.; 1605, 315 s. Cf. Iuvencius, V, 727; Astráin, IV, 532 ss., 560 ss.; Schmidlin, 312.